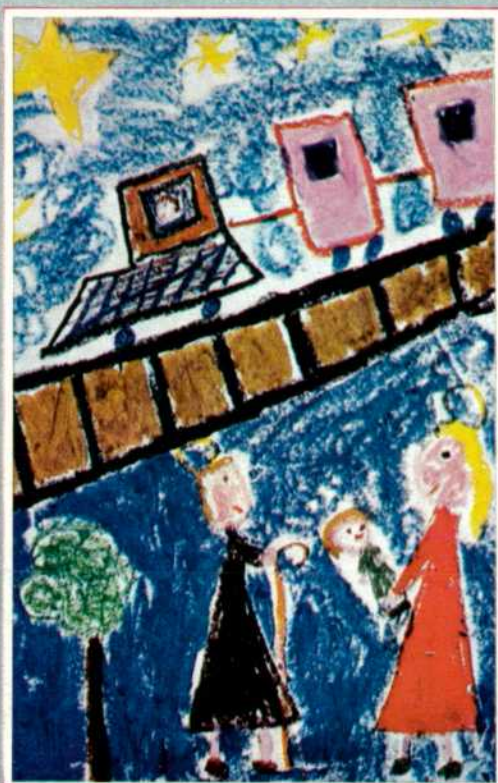


Si hiciera falta, para los que piensan que el niño es algo aparte del hombre y no una situación del hombre, bastaría con la identidad hombre-niño ante el juego. El hombre y el niño son idénticos ante el juego y la creación del arte. Se proponen lo mismo: reproducir lo que ven, expresar lo que sienten, desde su especial punto de vista y con sus aportaciones siempre originales. Miró, Klee, Picasso, Chagall, son grandes niños. Todos los artistas son hombres-niño, hombres que, venturosamente, no han perdido su niño interior.

BELEN,

cinco minutos





Desde los primeros balbuceos de su vida intelectual, el hombre intenta extender su poderío sobre las cosas, dominarlas, moverlas a su aire, distorsionarlas, recrearlas. El juego no es más que una demostración de poderío. Los juguetes suelen representar la realidad reducida de tamaño, pero mimética, de esa misma realidad. No importa; es más, resulta necesario para el niño que el soldado de juguete no mida más de cinco centímetros de altura. Así domina mejor al soldado.

El niño precisa de la acción, del movimiento. Le gus-

tan las cosas estáticas siempre que encierran la idea de movimiento: los coches, los barcos, los aviones, los trenes. El tren, para el niño como para el hombre, tiene su peculiar fascinación. Es un vehículo que nos transporta con mayor respeto y dignidad que los demás, por el sencillo hecho de que en su interior no perdemos nuestro movimiento propio en nuestro propio elemento, la tierra. Al mismo tiempo, con los otros vehículos, pero éste más «terrestre» y casi consanguíneo, nos conduce a la quietud allí donde concluye el viaje. El tren se

mueve, el paisaje que se ve desde el tren se mueve; pero momento llegará en que todo se detenga: hemos llegado.

Viajar como un paquete, como una carga, como una «cosa», puede ser muy práctico e incluso necesario, pero oprime brutalmente nuestro deseo de libertad. Para el niño, el tren es una casa que corre, un domicilio habitual que anda. Cuando el padre y el hijo, ante el tren de juguete, se ponen a jugar, piensan lo mismo, con detalles más realistas el padre, con amplísimos círculos fantásticos el hijo.

Por ventura, muchos hombres trabajan jugando: son los que desean embellecer la vida sin distraerla, en lo posible, de su fin trascendente. Son los artistas, los creadores. Pero el científico también juega, sobre todo cuando ensaya casi a ciegas, sin proponerse un fin excesivamente concreto y utilitario. Entonces, también el científico es un niño que espera obtener una milagrosa y bella unidad de la mezcla de diferentes elementos.

Los dibujos que motivan estas líneas son admirables por muchos conceptos. Pero uno de ellos me ha llamado poderosamente la atención. Es ese que tiene arriba la estrella y las estrellas, la Luna y el cielo nocturno. Más abajo se abre la «estación de Belén», con su reloj que marca las doce y veinte de la noche. María y José han acudido a esa estación, a la cual está llegando precisamente en este momento el tren. Parece como si hubiera venido a esperar a su Hijo, como si el Niño viniese en el tren para nacer a la vida familiar. O tal vez ha venido a depositar a su Hijo en el tren de la existencia humana como una esperanza. ¿Qué habrá pensado el autor-niño de este dibujo? (Porque lo que pensemos los adultos no cuenta al respecto.) Hay un ciprés de color marrón, hay unos triángulos verdes como cuerpo de abeto, hay una ventana exenta, en el vacío. No importa que el tren se deslice sobre un solo rail; ya es cosa conseguida.

Todos los trenes que circulan en las inmediaciones de la Navidad conducen a Belén. No hay anacronismo en el niño-artista. La Navidad es un hecho que ocurre en Belén todos los años, porque la tierra creyente es toda ella un solo Belén. Por una vez, el mundo de las máquinas obedece al espíritu dócilmente y nos transporta a un tiempo-espacio de dos mil años atrás. ¿Atrás o adelante?

Hay una manera de ir a Belén que es superior a las otras: ir andando, en la noche fresca de cielos rutilantes, con un corderillo sobre los hombros. Después, ir sobre un borrico, un camello, una mula. Por fin, ir en tren. Es una manera más solidaria de ir, más moderna y cristiana: ir con muchos en esos vagones alegres por la gran fiesta revolucionaria. Por la gran fiesta del sobrehumano amor a los otros, que es el programa más revolucionario que conozco. ■ JOSE MARIA SANCHEZ-SILVA.



Los autores de estos dibujos son niños, entre siete y ocho años de edad, del colegio Loyola, de Aravaca, Madrid.